

Lawrence Durrell



Limones amargos



¿Libro de memorias? ¿Autobiografía? ¿Relato de un viaje? Se puede afirmar que todo a la vez. Pero, por encima de clasificaciones, también se puede decir con seguridad: el encanto de la lectura no sabe de géneros.

Limonos amargos describe los tres años, entre 1953 y 1956, en que el autor de *El Cuarteto de Alejandría*, residió en la isla de Chipre en el Mediterráneo. Tras años opacos haciendo de diplomático en Argentina y Yugoslavia, relata el escritor británico nacido en Jalandhar, India, que lo que más deseaba en la vida era retirarse, comprar una casa barata en un lugar tranquilo, de preferencia aislado, arreglarla a su modo y vivir sin saber del resto del mundo. ¿Para qué? Pues para escribir.

Explica Durrell la génesis de este libro (entre los seis que dedicó a sus peregrinajes): «Los viajes, como los artistas, nacen, no se hacen. Contribuyen a ellos un millar de distintas circunstancias, muy pocas de las cuales han sido deseadas o determinadas por la voluntad. Surgen en forma espontánea de las exigencias de nuestra naturaleza, y los mejores nos conducen, no solo hacia afuera, hacia el espacio, sino también hacia adentro. Los viajes pueden ser una de las formas más compensatorias de la introspección». Tras lo que él califica de dudas éticas, termina por aceptar un trabajo en el gobierno colonial.

Hay momentos de gran humor en los inicios del libro cuando relata el proceso de encontrar una casa y acondicionarla en un aldea de montaña llamado Bellapaese por los venecianos (que Durrell rebautiza Bellapaix), lo que le hace relacionarse estrechamente con los habitantes locales. Asimismo, Durrell escribe coloridamente sobre personajes y situaciones, grandes paseos, las flores y las fiestas, la música, las montañas y las cascadas, las playas y las estatuas de la isla. Se trata, en suma, de un maravilloso relato de viajes, pero

impregnado de un sabor muy particular a la vez que de una
extraña belleza, como los limones amargos...

Prefacio

Este no es un libro político, sino, simplemente, un estudio un tanto impresionista de los talentos y ambientes de Chipre durante los agitados años de 1953-56.

Llegué a la isla por mi propia cuenta y me establecí en la aldea griega de Bellapaix. Los posteriores acontecimientos, tales como se registran en estas páginas, son vistos, cada vez que ello es posible, con los ojos de mis hospitalarios coaldeanos, y me agradaría pensar que este libro es un monumento eficaz levantado al campesinado chipriota y a su paisaje isleño. Completa una trilogía de libros sobre islas.

Las circunstancias me proporcionaron varios singulares ángulos de visión respecto de la vida y los asuntos de Chipre, porque realicé algunos trabajos mientras estuve allí, e incluso fui funcionario del gobierno de Chipre durante los últimos dos años de mi estada en la isla. De tal modo puedo afirmar que presencié el desarrollo de la tragedia de Chipre, al mismo tiempo desde la taberna de aldea y desde la Casa de Gobierno. He tratado de ilustrarla por medio de mis personajes y de valorarla en términos de sus individuos, antes que de su política, porque quería mantener el libro alejado de los pequeños desprecios, en la esperanza de que fuese legible mucho después de que se solucionaran los actuales malentendidos, como tarde o temprano tiene que suceder.

Lamento mucho que la reducción de mi desmesurado manuscrito haya eliminado los nombres de muchos amigos con quienes estoy profundamente en deuda por materiales e informaciones sobre Chipre. Permítaseme ofrecer una breve reparación agradeciendo a los siguientes por muchas bondades: Pedro y Electro Megaw, G. Pol Georghiou, Fuad Sami, Nikos Kranidiotis, Paul Xiutas, y Renos y María Wide-son.

El poema *Limonos amargos* apareció por primera vez en *Truth*, el 1.º de marzo de 1957.

Una raza que avance hacia el este tiene que partir de Chipre. Alejandro, Augusto, Ricardo y San Luis lo hicieron así. Una raza que avance hacia el oeste tiene que partir de Chipre. Sargón, Tolomeo, Ciro, Harún-al-Rashid, lo hicieron así. Cuando Egipto y Siria tenían un valor de primera línea para el oeste, también lo tuvo Chipre. Génova y Venecia, que luchaban por el comercio con la India, lucharon por Chipre y gozaron por turno de la supremacía en el país. Después de que se encontró una nueva ruta marítima a la India, Egipto y Siria declinaron en su valor para las naciones de Occidente. Entonces se olvidó a Chipre; pero la apertura del Canal de Suez le ha devuelto de golpe al antiguo orgullo de su posición.

(*British Cyprus*, por W. Hepwokth Dixon, 1887).

Pero los pobres chipriotas son un pueblo muy sufrido, y Dios, en su piedad, los venga; ya no son gobernantes, lo mismo que no lo son los pobres siervos y rehenes; no exhiben señal alguna.

Los augurios no hablan falsamente, porque los que tienen experiencia en ellos reconocen su veracidad.

(*La crónica de Majairas*).

Rumbo a un desprendimiento de tierras en el este

Los viajes, como los artistas, nacen, no se hacen. Contribuyen a ellos un millar de distintas circunstancias, muy pocas de las cuales han sido deseadas o determinadas por la voluntad... A pesar de lo que podamos pensar al respecto. Surgen en forma espontánea de las exigencias de nuestra naturaleza, y los mejores nos conducen, no solo hacia afuera, hacia el espacio, sino también hacia adentro. Los viajes pueden ser una de las formas más compensatorias de la introspección...

Estos pensamientos nacen en Venecia al alba, vista desde el puente del barco que me llevará hasta Chipre por entre las islas; una Venecia quebrada en mil reflejos del agua, fresca como una jalea. Era como si algún gran maestro enloquecido hubiese arrojado su caja de colores contra el cielo para cegar el ojo interno del mundo. Nubes y agua se mezclaban chorreando colores, fundiéndose, superponiéndose, licuándose, con agujas y techos y balcones flotando en el espacio, como los fragmentos de alguna vidriera de colores vistos a través de una docena de velos de papel de arroz. Fragmentos de historia rozados por los colores del vino, el alquitrán, la tierra ocre, el ópalo de fuego y el cereal maduro. Y el todo lavado a la vez en los bordes, con

suavidad, para confundirse con el cielo del alba, tan tenue y circunspectamente azul como un huevo de paloma.

Lo retuve todo en el espíritu, con suavidad, como una pintura abstracta, acunándolo en mis pensamientos: todo el campamento de catedrales y palacios, sobre el nítido fondo del rostro de Stendhal, sentado para siempre en una silla de duro respaldo, en Florian, bebiendo sorbitos de vino; o sobre el de un corvo, que revolotea como algún gigantesco murciélago sobre estas callejas hechizadas por la luz...

Las palomas invaden los campamentos. Oigo sus alas, al otro lado del agua, como el susurro de abanicos en un gran salón de baile de verano. También palpita el *Vaporetto* del Gran Canal, con dulzura, como un pulso humano, vacilando y renovándose luego de cada vacilación que señala la etapa de un desembarco. Los palacios de vidrio de los Dogos son machacados en un mortero de cristal, filtrados a través de un prisma. En Chipre, Venecia nunca estará lejos de mí, porque el león de San Marcos sigue atravesando el aire húmedo de Famagusta, de Kirenia.

Es un adecuado punto de partida para el viajero que se dirige al Levante oriental...

Pero vaya si hacía frío. En el muelle de baldosas grises había visto un puesto de venta de café que vendía vasos de leche caliente y *croissants*. Estaba directamente enfrente de la planchada, de modo que no corría peligro de perder mi barco. Un hombrecito moreno, con ojos de pájaro, me sirvió en silencio, bostezándome en la cara, por lo que me vi obligado a bostezar en simpatía. Le entregué mis últimas li-ras.

No había asientos, pero me acomodó en una barrica dada vuelta y, dejando caer trocitos de pan en la leche caliente, caí en una adormilada contemplación de Venecia, desde ese poco familiar ángulo de visión, al otro lado del puerto exterior.

Un remolcador suspiró y lanzó un chorro lechoso sobre la nube más próxima. El camarero del barco se sentó a mi lado para beber un vaso de leche; era un hombre afable, rotundo y lustroso, con una suntuosa serie de hoyuelos en torno a la sonrisa... como costosos gemelos en una camisa bien planchada.

—Hermosa —admitió—, hermosa. —Pero era una admisión desganada, porque el hombre era de Bolonia, y le resultaba difícil traicionarla y admirar a una ciudad extranjera. Se sumergió en una pipa llena de aromático tabaco toscano. —¿Va a Chipre? —me preguntó al cabo, con cortesía pero con un leve dejo de conmiseración.

—Sí. A Chipre.

—¿A trabajar?

—A trabajar.

Me pareció inmodesto agregar que pensaba vivir en Chipre, y comprarme una casa, si era posible... Después de cinco años de Servia había empezado a preguntarme si al querer vivir en el Mediterráneo no me hacía culpable de alguna temible aberración. En verdad, toda esa aventura comenzaba a oler a improbabilidad. Me alegré de poder tocar madera.

—No es gran cosa —dijo él.

—Así lo tengo entendido.

—Árido, sin agua. La gente bebe demasiado.

Eso parecía un tanto mejor. Siempre estaba dispuesto, donde el agua escaseara, a lavarme con vino, si ello resultaba necesario.

—¿Qué tal es el vino? —inquirí.

—Denso y dulce.

Eso ya no era tan bueno. Siempre vale la pena escuchar a un bolones en lo relacionado con el vino. No importa. (Compraría una casita de campesinos y me establecería en la isla por cuatro o cinco años). La isla más árida y carente de agua sería un descanso después de las implacables y polvorientas llanuras de Servia.

—¿Pero y por qué no Atenas? —preguntó con suavidad, haciéndose eco de mis pensamientos.

—Limitaciones de dinero.

—¡Ah! ¿Entonces piensa vivir en Chipre durante algún tiempo?

Mi secreto había sido descubierto. Sus modales cambiaron, y con ellos su imagen de Chipre, porque la cortesía no permite que un italiano censure los planes ajenos o desprecie su país natal. Chipre sería mía por adopción, y por lo tanto él tenía que esforzarse en verla con mis ojos. En el acto se tornó fértil, llena de diosas y fuentes minerales, de antiguos castillos y monasterios, de frutos y granos y verdes prados, de sacerdotes, gitanos y bandoleros... Cubrió el conjunto con un rápido barniz siciliano de anuncio de viajes, a la vez que me sonreía con aire aprobatorio.

—¿Y las mujeres? —pregunté al cabo.

Pero ahí se atascó; la cortesía luchó durante largo rato con el orgullo masculino. Tendría que revelar la verdad más tarde, sobre el terreno, por así decirlo, porque de lo contrario yo podría criticarlo —¡nada menos que a un bolones!— por carecer de normas en cuanto a la belleza femenina.

—Muy feas —respondió por último, con auténtica pena—. Feas de veras.

Eso era desalentador. Permanecimos sentados un rato en silencio, hasta que el barco que se erguía sobre nosotros lanzó un ruidoso siseo de vapor, *fffff*, mientras gotitas de vapor condensado chorreaban por la sirena. Era hora de despedirse de Europa.

Los remolcadores rebuznaron cuando pasamos la barra del puerto. La bruma se hizo más tenue y se estremeció en las colinas del otro lado de Venecia. Con semejantes asociaciones, ¿cómo podía olvidarme de Catalina Cornaro, la última reina de Chipre, que en veinte años de exilio olvidó quizá su inquieto reinado sobre la isla al encontrar en los verdes cenadores de Asolo, rodeada de devotos cortesanos, un modo de vida más benigno? Murió a los cincuen-

ta y seis años, en 1510, y su cadáver fue llevado por el Gran Canal desde el palacio de la familia. («La noche era tormentosa, con fuertes vientos y lluvia. Sobre su ataúd yacía la corona de Chipre —por lo menos exteriormente, Venecia insistía en que su hija era una reina—, pero adentro su cuerpo estaba envuelto en el hábito de San Francisco, con cuerda, capucha y tosca vestidura de tela castaña»). Con la primera radiación matinal de ese cielo resulta difícil imaginar las vacilantes antorchas, las aguas enrojecidas por el relámpago, el viento azotando las capas y vestimentas mientras los largos botes parten con sus dignatarios de maravillosas vestiduras. ¿Quién recuerda a Catalina? Ticiano y Bellini la pintaron; Bembo escribió una filosofía del amor para divertir a sus cortesanos. En el único retrato que he visto, los ojos son graves y hermosos, llenos de una vida propia, impenitente; ojos de una mujer que ha gozado de muchas adulaciones, que ha viajado y amado mucho. Los ojos de una mujer que no fue lo bastante limitada, o lo bastante codiciosa, para invadir el dominio de la política sin perder en el juego. Pero los ojos de una mujer de verdad, no de un fantasma.

Mis pensamientos se dirigieron entonces hacia otra triste reliquia: la piel desollada y rellena del gran soldado Bragadino que se pudre en algún punto de las entrañas de Giovanni e Paolo. Su defensa de Famagusta contra el general turco Mustafá se cuenta entre las grandes hazañas del arte militar de toda la historia europea. Cuando a la postre las fuerzas lastimosamente pequeñas de los sitiados se vieron obligadas a parlamentar, aceptaron la rendición, a condición de que se les permitiese llegar a salvo a Creta. Mustafá violó su palabra, y en cuanto tuvo a Bragadino en su poder desató sobre su persona y la de sus capitanes toda la furia contenida del fanático religioso. Le cortaron a Bragadino la nariz y las orejas, y lo desollaron; luego lo colocaron en un asiento colgante, con una corona a los pies, y lo izaron a la verga de una galera, «colgado como una cigüe-

ña», para que todos lo viesen. Por último lo arrastraron a la plaza principal y lo torturaron mientras «los tambores redoblaban». Pero «su alma de santo lo soportó todo con gran firmeza, paciencia y fe [...] y cuando el acero de ellos le llegó al ombligo entregó a su Salvador un alma realmente feliz y bendita. Tomaron su piel, la rellenaron de paja y la pasearon por la ciudad. Luego la colgaron en el palo de una galeota y la llevaron por toda la costa de Siria con grandes regocijos».

Todo esto fue registrado fielmente por Calepio, detalle por detalle, pero resulta difícil leerlo a sangre fría. Venecia desaparece contra las colinas.

Al oscurecer el mudo destroyer gris que había estado jugando al escondite con nosotros toda la tarde viró brusca y desconcertantemente y desapareció hacia el oeste, en el rayo verde. Nos apartamos de la barandilla con un suspiro, conscientes de que la luz se hundía silenciosamente en la oscuridad, tan serena como los penachos de humo de la chimenea, en el barco que nos transportaba. Con la proximidad de la noche volvíamos a tener conciencia de la soledad y el tiempo, los dos compañeros sin los cuales viaje alguno puede darnos nada.

Ese es el momento en que el viajero trata de renovar, aunque solo sea por procuración, su sentido de vinculación con la tierra firme, por medio de cartas que escribir, documentos que seleccionar, disposiciones para el equipaje que tomar. Todavía hay tibieza en el puente, y al resplandor de la luz que viene del salón puedo volver una vez más a las páginas de Mrs. Lewis, que en 1893 hizo el mismo viaje que nosotros y que, en *A Lady's Impressions of Cyprus*, nos dejó un vivaz y observador registro de la vida en la isla, cuando la soberanía británica tenía unos pocos años de antigüedad. Mrs. Lewis llegó unos años después de la visita de Rimbaud... la última. Con su talento para saborear todos los extremos, el poeta francés no solo se calcinó vivo en las canteras de Larnaca, de calor de horno, sino que

además logró congelarse hasta quedar insensible en las óseas alturas de Troodos, cuando construyó el pabellón de verano para el gobernador, con un pequeño equipo de mulas y peones. ¿Qué opinión tenía de Chipre? No lo dice. Era sencillamente un lugar donde existían unos cuantos trabajos decentemente pagados, bajo los británicos. Sus dos breves visitas nos han dejado unas pocas quejumbrosas referencias al calor y al frío... eso es todo.

En el mismo espacio de tiempo un subteniente libró una batalla perdida con el Ministerio de Guerra, cuyo resultado fue la primera medición exacta de la isla. Esos bigotes parecidos a astas de ciervo, esos ojos severos pero tímidos, se convertirían más tarde en un símbolo nacional para toda una generación: ¡Kitchener! Los caminos de poeta y soldado deben de haberse cruzado en varias ocasiones. Pero para eso están las islas; son lugares donde diferentes destinos pueden encontrarse y cortarse en el pleno aislamiento del tiempo. El poeta, con su equipo de mulas rebuznantes, trepando laboriosamente por las laderas, hacia la glorieta que construía. Kitchener vivaqueando con sus dos ayudantes y la selva de teodolitos, jalones y tableros, en alguna raída tienda en forma de campaña, entre los olivos. No tienen nada en común, salvo el hecho de que comparten el mismo rincón en el tiempo.

Y sin embargo existe una fugitiva similitud. La escritura de ambos hombres es notable por el dominio consciente que revela sobre una sensibilidad excitada más allá de lo normal. La de Kitchener es más enérgica, menos sensible... Pero para entonces ya se había refugiado en el ejército, detrás de las puertas con doble cerrojo de una tradición de cuerpo, detrás de los bigotes, detrás de una vocación tan exigente como la de la Iglesia. De todo ello extrajo la fuerza que Rimbaud se negó a sí mismo. El poeta francés tenía un tipo distinto de valentía, porque venía huyendo del Sábueso del Cielo...

En Chipre me topé con muchos más de esos ecos de momentos olvidados de la historia, momentos para iluminar el presente. Invasores como Harún-al-Rashid, Alejandro, Corazón de León; mujeres como Catalina Cornaro y Elena Paleólogo... la confluencia de distintos destinos que tocaban y esclarecían la historia de una isleta situada en la cuenca oriental del Levante, otorgándole significación y profundidad de foco.

Diferentes invasiones la curtieron y erosionaron, apilando monumento sobre monumento. Las discordias de monarcas e imperios la tiñeron de sangre, fatigaron y refrescaron repetidas veces su paisaje con mezquitas y catedrales y fortalezas. En el flujo y reflujo de historias y culturas se convirtió, una vez y otra vez, en el punto de encuentro donde arios y semitas, cristianos y musulmanes, se estrecharon en mortífero abrazo. San Pablo recibió allí una merecida tunda a manos de los pafiotas. Antonio le dio a Cleopatra la isla como un regalo. Afrodita...

Encontré el libro de Mrs. Lewis en Trieste, en un puesto de librería derribado. Se había producido un motín después de un bombardeo, y yo corrí a mi hotel desde la sala de observación del hospital. La calle, con sus puestos de fruta destruidos y sus escaparates destrozados, era una perfecta ilustración de mi estado de ánimo. El barco zarpaba a medianoche. *A Lady's Impressions of Cyprus* me miró desde una mezcla de frutas y libros, y de todo un reguero de discos de segunda mano hecho pedazos. No había nadie a la vista, aunque se oían los gritos y el alboroto de una muchedumbre en el puerto. A cada rato pasaba rugiendo una patrulla militar. Las zanjas estaban henchidas de un vino que fluía melancólicamente y que sobre el negro hormigón alquitranado parecía sangre. Todo el contenido de una juguetería había sido lanzado por las bombas a la calle, a la que conferían un aire de carnaval. Me detuve, sintiéndome culpable, temeroso de incurrir en el castigo de los que se dedicaban al pillaje, si volvía la policía, y recogí a Mrs.

Lewis. Su descolorida cubierta verde, con diseño floral, me prometía un relato de viajes Victoriano que podía presentarme en forma sumamente adecuada ante la colonia de la Corona en Chipre. Pero algo más. Sentí que era una especie de presagio.

Un libro recogido en tal momento y lugar no podía ser el vago discurrir de alguna espantosa gobernanta. Le lancé una ojeada y me tranquilicé. Me informaba que un billete de primera, de Londres a Esmirna, le había costado en 1893, exactamente, 17 libras, 2 chelines y 3 peniques. Sin más trámites, me deslicé a Mrs. Lewis en el bolsillo, junto al pasaporte y a mi propio billete de Trieste a Limasol, que me había costado 47 libras. Allí se quedaría hasta que tuviese tiempo de asimilarla.

Una patrulla pasó a toda velocidad por una calle lateral, y me pareció más prudente alejarme con mi botín. Mientras caminaba de prisa por las calles desiertas, sumidas en la bruma, me sentí absurdamente confortado por el librito... como si me hubiese puesto en manos de un guía digno de confianza. Y mi confianza no estaba errada. Mrs. Lewis me ofreció un espléndido cuadro de Chipre, para compararlo con mis experiencias e impresiones.

Hacia el amanecer anclamos en un fondeadero lúgubre carente de rasgos característicos, ante un pueblo cuya desolada silueta sugería la de una aldea de mineros del estaño en los Andes. Un desagradable conglomerado de almacenes y depósitos, remendados y descascarados, se alineaba frente al somero y sucio litoral. Aquí y allá, a lo largo de la llana costa aluvial, con su insalubre sugestión de salina (no me equivocaba: Limasol se encuentra sobre un lago de aguas someras), la mirada descubría una casa de campo de cierto estilo o importancia, en medio de un jardín florido. Pero incluso a esa hora temprana el sol creaba una densa calina, mientras el aire húmedo del pequeño puerto cruzaba el mar inmóvil, a nuestro encuentro.

Bajamos a tierra en el bote vivandero y nos cobraron una suma exagerada por un acarreo innecesario. En el estrecho edificio de la aduana las cosas no fueron tan mal, pero en lugar del gigantesco alboroto y gesticulaciones de los regateos e injurias que uno había llegado a esperar en los puertos del Levante, reinaba un denso y aturdido silencio. Los funcionarios cumplían sus obligaciones con un aire de sonámbulos. Resultaba sorprendente encontrarlos lo bastante serenos como para contestar preguntas. Pregunté en griego y se me respondió en inglés. Volví a preguntar en griego y se me contestó nuevamente en inglés. Pasó un largo rato antes de que recordara por qué. Me encontraba en presencia, no, como había pensado, de turcos que no sabían griego o que no condescendían a hablarlo; no, me encontraba en presencia de *babus*. Descender a hablar en griego con cualquiera que no fuese un campesino implicaría una pérdida de prestigio. Era lamentable. Para estar seguro, pregunté los nombres de los funcionarios aduaneros con los que había estado tratando. Se mostraron un tanto sorprendidos, pero me dieron cortésmente sus apellidos griegos.

Deseé saber el turco lo suficientemente para averiguar si entre los funcionarios turcos reinaba una inhibición similar.

Fuera de la aduana se había reunido un grupo de taxímetros de aspecto lujoso, conducidos por jóvenes chipriotas que me gritaron con expresión bastante afable. Pero en general el ambiente carecía de brío. Reinaba un letargo vago y ausente de espíritu. Comenzaba a pensar que las sucesivas ocupaciones habían extirpado todo rastro del genio griego, cuando me sentí aliviado ante la visión de un ómnibus al que le faltaban las dos ruedas traseras, caído de costado contra una casa. Era como estar en el hogar. Tres ancianas desmembraban al conductor; este representaba una de esas escenas de risas y encogimientos de hombros que enloquecen a los viajeros en todo el Levante; el idiota de la